

Edición 24 Págs. ★ \$ 0.30

MARCHA

T O D A L A S E M A N A E N U N D I A

Franqueo a Pagar - Correos del Uruguay - Cuenta N.º 9 - Rincón 542. Piso 3 - Teléf. 8 31 94

Redactor Responsable: Julio Castro. — Administrador: Hugo R. Alfaro. — Precio: \$ 0.30

Año XXI



Viernes, 29 de Abril de 1960



Nº 1006

FESTIVAL DE LOS INDEPENDIENTES

RESULTO MENOS ORIGINAL EL ESPECTACULO DE LOS CHILENOS EN EL VICTORIA

Al bajar el telón sobre la última escena de "Una mirada desde el puente", la obra de Arthur Miller conque el elenco chileno de la Universidad de Concepción llenó su segundo espectáculo, recibió este conjunto, otra vez, una estruendosa y prolongada ovación que alternó con los interminables aplausos, forma conque el público congregado en el Victoria volvía a premiar una labor interpretativa que consideraba ejemplar. El hecho es tanto más significativo cuanto que ese público estaba formado por los más exigentes elementos de nuestra familia teatral, aunque esto no signifique los más infalibles. En este caso, precisamente, nos parece que la simpatía que ha llegado a conquistar el conjunto chileno entre nosotros ha llevado a ese público a extremar su forma expresiva de una manera harto elocuente pero cuyo factor no está de acuerdo del todo con esa exteriorización. En primer término, porque resulta chocante el lenguaje común del chileno, en una obra que no es típica de su región, lenguaje que tiene tendencia a una para nosotros extraña modulación de la ere cuando va antes de otra consonante y a la supresión de la ese cuando está en la terminación de la

palabra. Asimismo, los actores hablan rápidamente, como a empujones, lo que pone en aprietos al oidor montevideano, acostumbrado a una dicción más clara y acompasada. En segundo lugar, no todos los intérpretes resultaron en poseer la misma eficacia que en "Población Esperanza" la obra típica con la que se presentaron en Montevideo.

Lo suyo lo sienten —esta es la verdad— y lo exteriorizaron con la sinceridad y la vehemencia con que se defiende algo auténtico. Esto otro, en cambio, más universal, más imaginativo, tienen que elaborarlo. Y es entonces que nos encontramos frente a un elenco no tan opulento en recursos como en la anterior oportunidad. Aunque esto no signifique dejar de reconocerle el mismo decoro artístico, idéntica dignidad expositiva que los demostrados anteriormente.

Lo que pasa es que los intérpretes chilenos nos desvian con su habla pintoresca, nos distraen con su lenguaje apretado. No podemos apartarnos de esa tonalidad para entregarnos del todo al drama íntimo y lacerante que plantea el escritor norteamericano en su obra, para hundirnos en su atmósfera y sentir en toda su

profundidad ese dolor que deben transmitir los intérpretes. Dentro de esos límites, cabe afirmar la presencia de un director —Gustavo Meza— que pone de manifiesto su capacidad en la creación de ambientes y en la composición de situaciones. Aprovecha bien el aspecto melodramático de la pieza. Y la participación de actores eficientes: Tennyson Ferrada, a cargo del complejo papel protagonista, cuyo peso sobrellevó con válidos recursos; Inés Fierro, la figura de más clara dicción del elenco; Delfina Guzmán, un tanto amanerada en el primer acto y más natural en el segundo; Jaime Vadel y Nelson Villagra que compusieron, con los restantes el cuadro de primeras partes.

"Una mirada desde el puente" ya es conocida en Montevideo, por lo que consideramos obvio referirnos en detalle a sus características. La estrenó en el teatro Solís, hace unos años, una compañía argentina encabezada por Pedro López Lagar en recordada versión por lo vigorosa y realista. El dramaturgo ha manifestado que trató "de presentar una nota particular de asombro hacia la forma en que y las razones por las cuales un hombre hará peligrar y arriesgará o perderá su propia vida". El es-

tibador de Brooklyn, que encarna esta idea, no advierte en su torpeza —y si lo advierte lo rechaza— de que todo ese celo y la pretendida moral que demuestra en salvaguarda de su sobrina, transformada ya en mujer, no es más que una de esas pasiones seniles tan violentas y lamentables para quien la siente, como despreciable para los demás. Ese amor rebaja, incluso, su alma, la denigra al punto de permitirle cometer más de una acción repudiable. Y va a la muerte, convencido de que tiene razón. Un relator hace las veces de coro y conexiona los episodios en forma de no dar respiro al espectador, que se siente atrapado por el problema de ese héroe vulgar y cotidiano, que se siente envuelto en el clima tenso, dramático, con momentos de intensa emoción con que está dosificada la obra. No penetremos demasiado en la estructura, porque entonces advertiremos, más que una manifestación artística, una habilísima labor artesana. Arthur Miller tiene enorme talento para manejar los hilos del tinglado y las fibras sensibles del público. No es preciso más ni menos —creemos— para triunfar en el mundo del teatro. Convincentes la escenografía y la iluminación de Raúl Aliaga.